

Antonio  
Muñoz Molina

Tus pasos en la escalera



**Antonio Muñoz Molina**

Tus pasos en la escalera



# 1

Me he instalado en esta ciudad para esperar en ella el fin del mundo. Las condiciones son inmejorables. El apartamento está en una calle silenciosa. Por el balcón se ve a lo lejos el río. El río se ve también desde la pequeña terraza de la cocina, que da a jardines y balcones traseros de la calle contigua, a miradores con barandas de hierro en las que hay ropa tendida, ondeando en la brisa. Al fondo de la calle, más allá del río, está el horizonte de colinas de la otra orilla y el Cristo con los brazos abiertos como a punto de levantar el vuelo. En Siberia hay ahora mismo temperaturas de cuarenta grados. En Suecia el fuego alimentado por un calor inaudito arrasa los bosques que se extienden más allá del Círculo Polar Ártico. En California incendios que abarcan centenares de miles de hectáreas llevan ardiendo varios meses seguidos y reciben nombres propios, como los huracanes del Caribe. Aquí los

días amanecen frescos y serenos. Cada mañana hay una niebla húmeda y muy blanca que el sol traspasa poco a poco y que trae río arriba el olor profundo del mar. Las golondrinas surcan el cielo y vuelan por encima de los tejados como en las mañanas frescas de los veranos de la infancia. En cuanto llegue Cecilia no me quedará más que pedir. Probablemente el fin del mundo ha empezado ya pero aún parece estar lejos de aquí. Durante todo el día, desde antes del amanecer hasta después de medianoche, los aviones llegan cruzando el cielo desde el sur, justo por encima del Cristo que despliega sus brazos de cemento armado igual que un superhéroe a punto de lanzarse al vuelo. Por el río suben cruceros gigantes, como urbanizaciones turísticas verticales, réplicas flotantes de Benidorm o de Miami Beach. Nada mejor para distraer la espera que asomarse a un balcón o a la barandilla de un parque y mirar un gran río de anchura marítima y los barcos que pasan. Pasan veleros livianos y petroleros con cascos como acantilados herrumbrosos. Desde una calle cercana veo a la orilla del río la grúa de un muelle de contenedores. A la luz de los reflectores nocturnos la grúa va de un lado a otro con movimientos de araña robot; una araña crecida monstruosamente por efecto de la radiación atómica en una película futurista de los años cincuenta. Desde la terraza de la cocina, donde dentro de poco empezaremos Cecilia y yo a plantar hortalizas en cajones con tierra fértil, por encima de los

balcones y de los tejados, y de la chimenea de ladrillo de una antigua fábrica, veo lo más alto de uno de los pilares del puente, rojo desleído contra el azul suave del cielo. El rumor de fondo que se oye siempre es el del tráfico en el puente; el tráfico de coches y camiones y el de los trenes en la pasarela inferior; y también la vibración de los pilares y las planchas metálicas bajo el peso y el temblor del tráfico, y el de los cables como cuerdas de arpa estremecidas por el viento. El puente y todo el río y las colinas de la otra orilla y los muelles de los contenedores y el Cristo los veo cada mañana desde el pequeño parque donde llevo a pasear a Luria. Si yo voy a su lado, husmea entre los setos, corre detrás de las palomas, escarba la tierra en la que ha hundido el hocico. Si me siento en un banco y me quedo mirando hacia el río y los aviones que vienen, Luria se sienta a mi lado a contemplar el mismo espectáculo, el hocico levantado, la mirada fija en una lejanía que solo verán muy vagamente sus ojos míopes, en una perfecta actitud de espera. Si saco un libro y me pongo a leer, parece que me toma el relevo y acentúa la alerta.

## 2

Quizás me he acomodado tan pronto a esta nueva vida porque tiene un cierto número de puntos en común con la que dejamos atrás. Puede que las semejanzas influyeran sobre nosotros de manera inconsciente cuando elegimos esta zona de la ciudad y esta casa. Observo cada día repeticiones y resonancias que no había percibido antes. La mayor parte de las operaciones mentales decisivas suceden en el cerebro sin que las sospeche la conciencia, dice Cecilia. El Cristo de la otra orilla era al principio una perturbación, un error del paisaje: el primer día en el hotel de Lisboa, Cecilia abrió la ventana y lo vio a lo lejos y como estaba algo aturdida por el jet lag me dijo que durante un momento absurdo había pensado que estaba por equivocación en Río de Janeiro, de donde había vuelto unas semanas antes, de uno de sus congresos sobre el cerebro. Tenía después que venir a Lisboa y a este

viaje yo sí pude acompañarla. Ella asistía a sus sesiones científicas y yo daba vueltas por la ciudad y la esperaba en el hotel o en un café, aliviado de no estar en Nueva York y no estar trabajando. El hotel era silencioso y recogido, como un hotel familiar inglés no de la realidad sino de alguna película, con las moquetas limpias y sin olor a moho. Abrimos las cortinas de la habitación al llegar y vimos de golpe el río y los muelles. En la tercera planta había una biblioteca forrada de maderas oscuras, sillones de cuero viejo, una chimenea, un catalejo de cobre dorado, un gran ventanal, una terraza frente al río. Al fondo estaba el puente. Las guirnaldas de luces se encendieron pronto en el atardecer de diciembre, en una niebla de llovizna. Cobijados en la cama como en el interior de una madriguera oíamos las campanadas de las horas en la torre de una iglesia. Colmados luego, apaciguados, hambrientos, salimos en busca de un sitio para cenar, por calles deshabitadas en las que había muy pocas luces encendidas. La condensación de la niebla volvía resbaladizas las piedras blancas de las aceras. No parecía probable que en aquel barrio apartado y a aquella hora pudiéramos encontrar un restaurante. Al subir una escalinata vimos al fondo de la calle una esquina iluminada de donde venía un rumor sosegado de voces, de cubiertos y platos. Era una casa baja pintada de rosa, con una buganvilla cubriendo la mitad de la fachada y la ventana, como una casa de campo inesperada. Al

entrar de la calle sin nadie era más grata todavía la animación de los comensales y los camareros. Era un restaurante italiano. Había mucha gente, pero podían darnos una mesa. Los camareros, cordiales y rápidos, parecían italianos pero eran todos nepalíes. Haber encontrado ese restaurante y probar luego una pasta sabrosa y un vino tinto ligero y barato, un tiramisú, una grappa helada, alimentaba nuestra alegría íntima, nuestra gratitud hacia el azar, una trattoria memorable en Lisboa regentada por nepalíes. Luego nos perdimos explorando lugares desconocidos que ahora son parte de mi vida diaria, nuestra vida común a punto de empezar, nuestra espera tranquila y resguardada del derrumbe del mundo. «Un río como el Hudson —dijo Cecilia, un poco ebria, contenta, insegura sobre sus tacones, por aquellas subidas y bajadas—, un puente como el George Washington Bridge.» En una iglesia cercana una campana daba la hora. «El reloj de una torre como la de la Riverside Church», dije yo: y en ese momento, esa noche que no quiero olvidar nunca, en cada uno de sus pormenores secretos, ninguno de los dos imaginaba nada todavía, aunque es posible que pasáramos por esta calle, bajo este balcón al que yo me asomo ahora.



### 3

Estábamos en Nueva York y ahora vamos a estar en Lisboa. Estoy yo, por lo pronto. Aprovecho el tiempo para tenerlo todo listo cuando llegue Cecilia. En uno de esos cargueros gigantes que suben por el Tajo vino un contenedor con todas nuestras cosas, tantos años, nuestras dos vidas, los libros de cada uno y los libros comunes, los cedés anticuados que nos regalábamos el uno al otro al principio de estar juntos, las fotos que entonces aún se imprimían y se enmarcaban, la ropa de mucho invierno que no caímos en la cuenta de que ya no vamos a necesitar, un abrigo forrado de Cecilia que le llegaba hasta los pies, con su capucha festoneada de pelo, el chaquetón que me envolvía en una silueta masiva de esquimal. Tendré que preguntarle a Alexis, que lo sabe todo, si hay alguna institución en Lisboa a la que se pueda donar toda esta ropa. Leyendo las memorias antárticas del almirante Ri-

chard Byrd me ha dado algo de nostalgia de aquellos inviernos. Guardaba en un armario el abrigo largo de Cecilia y me acordaba de su cara en el frío, el gorro de piel sobre las cejas, la punta de la nariz enrojecida, el lustre rosado en los pómulos. Ha sido agotador pero ahora me alegro de haber acelerado la mudanza sin esperar a que ella vuelva. Ha sido una hazaña darse tanta prisa en una ciudad en la que las cosas parece que suceden a un ritmo mucho más lento.

También he tenido, hemos tenido, la suerte de que en el momento de máxima crisis apareciera Alexis capitaneando su equipo infalible de ayudantes, cómplices más bien, conjurados en sus tareas diversas, en sus saberes prácticos, todos los cuales el mismo Alexis parece que domina sin dificultad. La poesía de una ciudad nueva corre el peligro de extinguirse sin rastro cuando uno ha de instalarse en ella. El tiempo apremiaba y yo me quedaba paralizado en la ineficacia y en la angustia. Los números de teléfono a los que llamaba no respondían. Cuando alguien contestaba después de media hora de espera escuchando una grabación musical en bucle, yo no acababa de entender lo que me decían y no lograba explicarme en portugués. Alguien me aseguraba que iba a venir para instalar algo o traer algo y no se presentaba. Yo pasaba el día esperando sentado sobre una caja de mudanza sin abrir, con

la etiqueta de la compañía americana. Luria esperaba conmigo. Luria tiene todavía más talento que yo para esperar. Luria recibe hasta a los operarios más retrasados o más incompetentes con su entusiasmo infatigable por la especie humana. El cielo estaba oscuro y bajo, y no paraba de llover. En la calle la basura se acumulaba día tras día junto a los contenedores rebosantes. Más que la incomodidad me agobiaba la superstición de que por culpa de aquellos percances nuestra vida futura en la ciudad quedara malograda, nuestra casa sin estrenar se contaminara de fracaso. No quería decirle nada a Cecilia por miedo a que retrasara su viaje. Pero tampoco quería que viniera y se encontrara en medio de un desorden deplorable, sin condiciones para vivir ni para trabajar. Un día apareció Alexis, para instalar no sé qué, y apareció a la hora exacta en que había anunciado que vendría, con su teléfono en una mano y su caja de herramientas en la otra, con un cinturón de operario del que cuelgan todo tipo de destornilladores, aparatos diversos, racimos sonoros de llaves. Abrí la puerta y antes de entrar Alexis se inclinó como en un saludo japonés al mismo tiempo que se limpiaba las suelas de las botas en el felpudo. Dijo «*com licença*» y se deslizó en el hueco de la puerta antes de que yo la abriera del todo, con una agilidad de submarinista o de experto en escabullirse de cepos o cajas fuertes, un Houdini de todos los trabajos domésticos. Miró a su alrededor evaluando con precisión

y sin duda con lástima el estado lamentable de todo, las cajas amontonadas, los muebles medio envueltos todavía en sus forros de plástico y cartón y cinta adhesiva, el frío húmedo del apartamento que había estado sin habitar varios meses; por no hablar de las paredes a medio pintar, abandonadas por un operario que se marchó una tarde muy educadamente y no volvió nunca, y los botes de pintura, los trapos y las hojas de periódicos extendidos sobre el suelo. Alexis es argentino del interior, pero con los años se le ha debilitado mucho el acento, y ha adquirido una formalidad portuguesa. Dice que desde que salió de Argentina lleva padeciendo injustamente la mala prensa, a su juicio no inmerecida, de sus compatriotas porteños. Él viene de la provincia tropical de Misiones. Luria se tumbó bocarriba a su lado para manifestar su alegría e inducirlo a que le acariciara la barriga. Alexis, tan formal, se tumbó a su lado y volvió a ponerse en pie de un salto simple y elástico después de rodar por el suelo con ella. «El señor va a ver como todo esto se arregla. Usted puede prometerle a la señora Cecilia que cuando venga todo estará a punto para recibirla como ella se merece.»

## 4

Alexis sabe averiguar el funcionamiento de cualquier clase de aparato, mecánico o electrónico, sin haberlo visto nunca antes, y lee reflexivamente y pone en práctica las instrucciones confusas y hasta mal traducidas. Usa destornilladores, alicates, llaves inglesas, y convierte cada tarea manual en algo tan liviano como un ejercicio de papiroflexia. Sus manos son enjutas y ágiles, móviles de una manera fluida y precisa. Las yemas anchas de los dedos poseen una cualidad entre adhesiva y prensil. De vez en cuando tengo la impresión de que esa empresa de *Serviços urbanos integrais* o *Integral Urban Services* para la que dice que trabaja es puramente ficticia, y que él, Alexis, es su único director, capataz y operario, a pesar del diseño persuasivo de las tarjetas de visita que lleva siempre consigo y de la página web en inglés y portugués con las siluetas superpuestas de varios *skylines*, palabra que

le gusta mucho. Yo venía impaciente cada mañana para comprobar cómo avanzaba la pintura. Parecía haber indicios de la presencia de otros operarios, pero al único que veía era a Alexis, subido como un equilibrista en lo alto de una escalera de mano, pintando las molduras de blanco y las paredes y el techo del color azul exacto que le gusta a Cecilia. Alexis notaba la desolación en mi cara y me aseguraba que aunque por el momento no lo pareciera estábamos ganando «la batalla contra el tiempo».

Me daba pánico pensar que fuera un estafador; que no cumpliera nada de lo que me había prometido; que se marchara dejándolo todo empantanado en suciedad y desorden. Hacía llamadas urgentes con un teléfono de manos libres. Exigía cosas en portugués a proveedores rezagados. Si yo apuntaba una queja se inclinaba sonriendo con una impasible cortesía de monje tibetano. Otras veces llegaba yo a las nueve de la mañana con el miedo a no encontrar a nadie o a encontrar de nuevo nada más que a Alexis y en el apartamento había un barullo y un rumor de trabajos variados, carpinteros, electricistas, pintores, cada uno en lo suyo, atentos a las instrucciones impartidas por un Alexis viajero y políglota que había aprendido portugués cuando se ganaba la vida en Río de Janeiro dirigiendo un equipo de especialistas en lo que él llama «trabajos ver-

tales»: escaladores que se cuelgan de los edificios más altos para limpiar cristales o desplegar lienzos de anuncios. Había trabajado en la limpieza del Corcovado, me dijo, señalando con cierto desdén a su réplica del otro lado del río. Había tenido una oferta para trabajar en la limpieza de la Estatua de la Libertad pero al final no se había decidido «a dar el salto a Nueva York». Me confesó una ilusión juvenil, ya irrealizable, por haber trabajado en las Torres Gemelas. Alexis tiene una envergadura liviana y atlética de trapecista, de acróbata, de bailarín de danza contemporánea con barba de unos días y cabeza afeitada. Cuando no estaba reparando los conductos de la calefacción o del gas o descifrando los programas de la lavadora se apartaba a un rincón tranquilo para resolver por teléfono gestiones administrativas cruciales que hasta entonces habían sido imposibles para mí: contratos, domiciliaciones, trámites comunes y también pavorosos en los que el extranjero se encuentra perdido. Alexis se mueve con la misma diligencia envidiable por los laberintos digitales y por el anticuado mundo tridimensional al que yo pertenezco. La instalación del wifi y la de la smart TV la resolvió en una hazaña de prestidigitación virtual que no duró más de unos minutos. «A la señora Cecilia le gustará navegar online bien rápido y tener muchos canales y muchas series y películas para elegir.»

«Carrera contra reloj», dice Alexis. También le gusta decir: «tiempo récord». Ahora voy de un lado a otro de la casa comprobando que todo está en su sitio, en la medida de lo posible tal como estaba en el otro apartamento, según el orden que le fue dando Cecilia. El taladro y la barra de nivel de Alexis han dado a cada cuadro o lámina enmarcada su posición exacta. Cecilia detecta a simple vista cualquier inclinación. Sabe determinar la altura más conveniente para la mirada. Alexis es un gran técnico pero no tiene una opinión definida, o por cortesía prefiere no manifestarla. Inevitablemente, a lo largo de los años, mi juicio estético ha mejorado por influencia de Cecilia. Pero al colgar cuadros y distribuir objetos lo que he hecho sobre todo ha sido repetir la disposición que tenían en la otra casa, tarea fácil porque esta de ahora se le parece mucho, más de lo que ella o yo supimos ver al principio. En caso de duda hago el esfuerzo consciente de fijarme en las cosas como si las estuviera viendo con los ojos de Cecilia. De tanto hablarle yo de ella, y de ver sus fotos y sus objetos favoritos en las habitaciones, Alexis nombra a Cecilia con una familiaridad que a mí me parece halagadora, si bien nunca le quita el tratamiento portugués de respeto: la señora. Me ayudó a sacar de la caja y a desenvolver una por una las golondrinas de cerámica que teníamos pegadas a la cabecera de la cama en la otra casa, y que le pedí que me ayudara también a poner en esta. Es un itinerario de ida y vuelta



el que han hecho esas golondrinas. Las compramos en Lisboa en aquel viaje, para nuestro dormitorio de Nueva York: diez golondrinas, de mayor a menor, que Cecilia dispuso como en una bandada en la pared del cabecero, las alas de barro vidriado abiertas contra el azul de la pared. Sobre un azul idéntico y en un vuelo semejante las ha pegado ahora Alexis en este dormitorio, encima de la cama que teníamos allí y de las mismas almohadas. Aparte de los consejos y dictámenes técnicos, Alexis también me ofrece de vez en cuando reflexiones poéticas. Terminó de situar las golondrinas en la pared, con su extraña pistola de pegamento en la mano, como esas armas a veces muy específicas que manejan los superhéroes, y dijo: «Las *andorinhas* son aves migratorias. Qué lindo que hayan vuelto a su tierra de origen». A una de ellas se le había roto un ala. Alexis la pegó tan delicadamente como si le compusiera el ala a una golondrina herida.